

Elena Garro

por dentro

FRANCISCO GUERRERO GARRO

Cuando a mi tía Elena o a mi madre Debaki les preguntaban que de dónde eran, respondían con orgullo, nostalgia y cariño ¡de Iguala! Para ellas esta tierra calida y hospitalaria fue su tierra. En este lugar pasaron los mejores años de su vida, lo repetían constantemente. Está claro que la influencia que Iguala dejó sobre Elena fue determinante en su vida.

Sobre Elena Garro se ha escrito mucho, brillantes investigadores e investigadoras, especialmente norteamericanas, han escrito sobre su vida. Pero para nosotros que conocemos claramente nuestros orígenes, nunca se ha dicho la verdad completa sobre ella y mucho se desconoce o se ha omitido.



Juan Alarcón

Por ejemplo, pocos saben que Elena Garro era descendiente de una familia vasca de abolengo, que a finales del siglo XIX se asentó en Asturias por diferencias políticas. Era una familia de arquitectos, todos de nombre José Antonio Garro. Por Asturias y el país vasco hay importantes edificios públicos, monumentos, casas, obras monumentales que fueron diseñados y construidos por el abuelo, el bisabuelo o el tatarabuelo de Elena y aun más atrás en las generaciones. Por ejemplo, a mediados del Siglo XIX, un José Antonio Garro, tatarabuelo de Elena vino a México y construyó el malecón y dos muelles en Veracruz, el abuelo de éste, también José Antonio, en tiempos coloniales, construyó el Mercado de El Parían en la Ciudad de México, es decir, la conexión con México, estuvo siempre presente en los Garro.

¿Por qué, vino a México el padre de Elena? La verdadera razón de su llegada a este país, es que José Antonio era teósofo y espiritista y vino a México, no como se ha dicho, en busca de trabajo, no lo necesitaba, su familia tenía de sobra los recursos para que el viviera sin trabajar. Más bien llegó a México porque él creía en las reencarnaciones y le habían dicho que el grupo con el que reencarnaba estaba ahora en México y no en España. Esto lo hizo después de consultar con la Sociedad Teosófica Española, de la cual era miembro, como también lo era de la Sociedad Espiritista.

Aquí estableció contacto con los que, estaba convencido, formaban parte de su grupo familiar con el que reencarnaba periódicamente. En ese grupo estaba Francisco I. Madero, con quien el padre de Elena trajo una espléndida amistad. A grado tal que cuando Madero fue asesinado, a su entierro sólo concurrieron un puñado de personas, mi abuelo entre ellas, como puede verse en las pocas fotografías que se tomaron en esa triste ocasión. Él es quien, junto con otros cinco amigos, carga el féretro de Madero hasta su última morada.

A raíz de la entrada del huertismo, el padre de Elena tuvo que regresar a España por su identificación con

Madero y también porque la familia de su esposa Esperanza, mi abuela, era villista. El abuelo paterno de Elena, hijo de inmigrantes vascos, fue uno de los organizadores, junto con Abraham González, del movimiento revolucionario maderista en Chihuahua y fue diputado maderista, de los que Victoriano Huerta encarceló en la Penitenciaría de Lecumberri después del golpe de estado. Mi tío abuelo Saulo Navarro, ingeniero, primero fue zapatista porque al estallar la Revolución se encontraba trabajando en Morelos, pero, en cuanto pudo, regresó a Chihuahua y fue dorado de Francisco Villa. Con él llegó a ser general, comandando la Brigada Zaragoza. Murió en la toma de Nuevo Laredo. Samuel, que era médico, organizó el servicio sanitario en la División del Norte. Murió en la primera toma de Zacatecas, cuando un obús explotó cerca de él y de Francisco Villa. Benito, el más chico, llegó a coronel, pero fue degradado por un pleito que tuvo. Se fue a los Estados Unidos y ahí se alistó en el Ejército Norteamericano y peleó en la Primera Guerra Mundial, donde fue condecorado repetidas veces.

Así pues, debido a que su vida peligraba, los padres de Elena regresan a España. Allá nace Sofía, que muere a los dos años de tosferina, después Devaki, mi madre, y más tarde es engendrada Elena. Pero por pleitos de celos, la madre de Elena, Esperanza, huye de España dejando a mi abuelo. Ella toma un barco en Vigo que se dirige La Habana. De ahí a parte a Veracruz, con un embarazo de nueve meses. En el puerto toma el tren a la Ciudad de México, pero tiene que bajarse en Puebla porque ahí le empiezan los dolores de parto. Afortunadamente, una hermana de ella vivía ahí y le dio posada. Con Elena de quince días de nacida y Devaki, Esperanza llega, por fin, a la Ciudad de México. Pero por su estancia en México deviene el mito de “la gran escritora poblana”.

A los pocos meses llega de nuevo a México el padre de Elena, esta vez acompañado de su hermano Joaquín y de su madre. Ya trae en la mente el lugar donde va a llegar, Iguala.

¿Por qué Iguala? porque aquí le indicaron sus protectores espirituales que estaba otro grupo que había reencarnado con él varias veces, entre ellos el Doctor Velasco Zimbron y otras personas. Así, junto con su hermano, se establecen en Iguala poniendo cada quien una tienda.

Aquí es donde transcurre lo que mi madre y mi tía llamaron la parte más feliz de su vida. En las interminables charlas familiares, siempre se acababa recordando a Iguala: los años que pasaron aquí y lo felices que fueron. Porque Elena y Devaki siempre fueron inseparables y uno de los eslabones que las unían era su tierra, que dejó en ellas un recuerdo hermoso e indeleble.

A mediados de los sesenta yo regresé con ellas a Iguala. Gozaron viendo sus queridos y amados tamarindos en el zócalo, recorrieron las calles recordando, en lo poco que quedaba de la Iguala vieja, los lugares en los que habían sido tan felices. Comimos tortillas recién hechas en el mercado. Saboreamos unas nieves, entramos a la iglesia. Le dimos mil vueltas al parque.

Se acordaban de mucho: mira ahí era el cuartel, allá la casa de la señora fulanita, aquí vendían las alegrías y las nieves. Recreaban su infancia a base de hermosas memorias.

Caminando con ellas dos por aquí, las veía como habían sido: dos niñas rubias con una fantasía sin límites, corriendo por la Plaza, descalzas, a pesar de la estricta prohibición que tenían de andar sin zapatos, o con huaraches, que se habían comprado a escondidas en el mercado y se quitaban y ocultaban cuando regresaban a su casa. Yendo a donde estaban las prostitutas a las que veían escondidas atrás de los tecorrales, sin saber qué hacían cuando se desaparecían por diez minutos en uno de los jacales. Yendo con un temor infinito, muy temprano en la mañana y también a hurtadillas, a ver a los cristeros ahorcados que aparecían por las mañanas por la entrada de Cocula. Comiendo en la coci-

na con las criadas, tortillas con chile, frijoles y carne asada. Dejando de lado la comida “decente” que se hacía para sus padres y para ellas, diferente a la que comían los demás. Viendo a los arrieros, a los soldados, todo esto fue, para ellas, un mundo mágico.

Iguala dejó una marca indeleble en Elena, sobre todo en su amor a los indios. No sólo los quería, los respetaba y admiraba. Uno de sus mejores amigos en la vida fue Enedino Montiel, un indio de Ahuatepec, Morelos, que defendió sus tierras hasta la muerte.

Sin Iguala, sin su plaza con árboles de tamarindo, sin su mercado, sin sus indios que venían al día de plaza, sin sus calles empedradas, sin las criadas de su casa, sin los amigos de su padre, civiles y militares, sin los arrieros, sin la estación del tren, sin los ahorcados, los Recuerdos del Porvenir nunca hubieran existido.

Los Recuerdos del Porvenir fueron escritos a través de muchos años y lugares. En Cuernavaca mi tía pasó meses trabajando en ellos, llevaba el manuscrito de un lado a otro. Lo amaba y lo odiaba. Quizás sabía que era la mejor novela que se había escrito en México y tenía miedo de publicarla. Un día la echó, después de un pleito con Octavio Paz, junto con La dama boba a la chimenea. Yo estaba presente y rescaté el manuscrito antes de que se quemara, lo guardé y días después se lo di, esperando a que se le bajara el coraje y tras ver su tristeza porque creía su obra perdida para siempre, ya que nunca hacía copia de lo que escribía. Se puso tan feliz, que me invitó un helado en Hazel, una cafetería que estaba a la vuelta de su casa.

Atrás de **Los Recuerdos del Porvenir**, está la larga historia familiar de Elena, que conjugada con su estancia en Iguala, incendiaron su imaginación, su creatividad, que se encuentra reflejada no sólo en ese gran libro, sino en toda su obra. Por eso, Los recuerdos del Porvenir, la mejor novela mexicana del siglo XX, es Iguala, esta Iguala cálida en gente, cálida en clima, en la que estamos esta mañana. ■